

Del libro **BOY (RELATOS DE INFANCIA)**

[...] Durante mi primer curso había un chico en nuestro dormitorio llamado Tweedie que una noche, al poco rato de quedarse dormido, se puso a roncar.

-¿Quién está ahí charlando? - gritó la celadora, entrando de repente.

Yo tenía la cama cerca de la puerta, y recuerdo que la miré desde mi almohada y la vi allí erguida, perfilándose en la luz que llegaba del pasillo, y pensé que su aspecto era realmente aterrador. Creo que lo que más me amedrentaba era su pecho colosal. Tenía los ojos clavados en él, y para mí era como un ariete, o como un par de bombas de alta potencia explosiva.

-¡Decídmelo! -chilló-. ¿Quién estaba hablando?

Silencio general. Y entonces Tweedie, que se hallaba profundamente dormido, de espaldas y con la boca abierta, emitió otro ronquido.

La celadora fijó la mirada en Tweedie.

-Roncar es un hábito enojoso -dijo-. Sólo ronca la gente de clase baja. Vamos a darle una lección.

No encendió la luz; entró en el dormitorio y cogió una pastilla de jabón del palanganero más próximo. Siempre llevaba unas tijeras colgadas de una cinta blanca a la cintura, y con ellas se puso a raspar laminillas de jabón, recogéndolas en la palma de una mano. Luego se acercó al desdichado Tweedie y con mucho cuidado dejó caer las raspaduras en su boca abierta. Tenía un buen puñado y yo pensé que no iba a acabar nunca.

“¿Qué sucederá ahora?”, me preguntaba. ¿Se ahogaría Tweedie? ¿Moriría asfixiado? ¿Se le atragantaría el gaznate por completo? ¿Es que aquella mujer iba a matarlo?

La celadora retrocedió unos pasos y cruzó los brazos sobre el pecho, o, más bien, debajo de su inmensa mole, habría que decir.

No pasaba nada. Tweedie continuaba roncando.

Hasta que de pronto.....

Si quieres saber cómo continúa la historia
pide un ejemplar en la **Biblioteca**





[...] Cuando mi padre tenía catorce años, es decir, hace más de un siglo, estaba en el tejado de su casa reponiendo algunas tejas cuando resbaló y cayó. Se fracturó el brazo izquierdo por debajo del codo. Alguien corrió a llamar al médico, y media hora después este caballero hacía una majestuosa y ebria aparición en su calesín tirado por un caballo. Tan borracho estaba que tomó la fractura de codo por una dislocación de hombro.

-¡En seguida ponemos esto de nuevo en su sitio!- exclamó, y se llamó a dos hombres de la calle para que ayudasen a estirar. Se les instruyó a fin de que sujetasen a mi padre por la cintura mientras el médico le agarraba por la muñeca del brazo roto y gritaba- : ¡Tirad, hombres, tirad! ¡Tirad con todas vuestras fuerzas!

El dolor debió de ser agudísimo. La víctima prorrumpió en alaridos, y su madre, que observaba con horror la manipulación, gritó: “¡Basta!” Mas para entonces los que así estiraban habían causado ya tanto estrago que asomaba una astilla de hueso, perforando la piel del antebrazo.

Esto sucedía en 1877, y la cirugía ortopédica no era entonces lo que es hoy. Así que le amputaron, sin más, el brazo por el codo, y mi padre hubo de valerse con un solo brazo el resto de su vida. Afortunadamente, era el izquierdo el brazo perdido, y poco a poco, con los años, aprendió a hacer más o menos todo lo que precisaba con los cuatro dedos y el pulgar de su mano derecha. Podía anudarse un zapato tan presto como vosotros o como yo, y para cortar la comida en el plato afilaba el borde de un tenedor que de este modo le servía de tenedor y cuchillo al mismo tiempo. Guardaba este ingenioso instrumento en un estuchito de piel y lo llevaba siempre en el bolsillo dondequiera que fuese. La pérdida de un brazo, solía decir, le deparaba sólo un inconveniente serio. Le resultaba imposible desmochar un huevo duro. [...]

Del libro **BOY (RELATOS DE INFANCIA)**

Si quieres saber cómo continúa la historia pide un ejemplar en la **Biblioteca**